

# Contenido y significado de la vida cotidiana en los escritos del Beato Josemaría Escrivá

*Jorge Adame Goddard*

*Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México*

## INTRODUCCIÓN

El objeto de esta comunicación es precisamente el descrito en su título, describir qué es lo que se entiende en los escritos del Beato Josemaría Escrivá en la expresión vida cotidiana. Se trata, primero de determinar la realidad que significa esa expresión, para luego comprender el significado o importancia que tiene dicha realidad en la predicación o mensaje difundido por el Fundador del Opus Dei.

Sé que las conclusiones que propongo a su consideración tienen apenas el valor de hipótesis, pues no he hecho todavía una investigación exhaustiva que abarcara la totalidad o una buena parte de los textos del Beato donde aparece la expresión vida cotidiana, vida ordinaria, vida corriente o semejantes. Los textos que he considerado son simplemente una muestra, seleccionada principalmente con apoyo en los índices de materias de sus obras editadas, pero me parece que, considerando el resultado, y tomando en cuenta el contexto general del mensaje difundido por el Beato Josemaría, la muestra resulta significativa y las conclusiones pueden aparecer como hipótesis plausibles.

## 1. DEFINICIÓN DE VIDA COTIDIANA

### *a) La vida es lo que la persona hace y lo que le ocurre*

Sin entrar a la discusión filosófica de lo que es la vida en general y la vida humana en particular, me parece que se puede aceptar sin mayor dificultad, atendiendo al testimonio de la propia conciencia personal, que la vida de cada hombre, o su devenir, se compone de las acciones que libremente hace y de los sucesos que le ocurren sin que él los quiera. La vida de todo hombre está entretrejida de acciones libres, lo que podría llamarse su actividad, y de los sucesos que le ocurren o pasividad<sup>1</sup>. Las acciones que realiza la persona son de diversa naturaleza según el fin al que tiendan, pero en cualquier caso todas las acciones tienen un fin objetivo o intransitivo, que es lo que repercute en el mundo exterior, y un fin subjetivo o transitivo, que es la repercusión de la acción en el ser mismo de la persona. El trabajo, por ejemplo, que es una acción de la persona tiene una finalidad económica o técnica que se refleja en el mundo externo pero también una repercusión ética en la persona del trabajador<sup>2</sup>. Resulta así que la persona, por medio de sus acciones, de su vida, transforma el mundo y se transforma a sí misma.

Los sucesos que le ocurren a la persona son también de diferente naturaleza: hay unos que le ocurren en su propio cuerpo, como los procesos somatovegetativos: la nutrición, el crecimiento, el envejecimiento, la enfermedad y la misma muerte. Hay otros sucesos que ocurren en su exterior pero le afectan directamente, como son las acciones que realizan otras personas en referencia a ella, como el ser ayudada, promovida, o bien agredida, estorbada, coaccionada, por solo mencionar algunas. Hay también sucesos que son los condicionantes sociales que tiene la persona, por razón del orden social en que se haya inserta, y que limitan y encausan su propia acción libre, como puede ser una crisis, bonanza o estancamiento económicos, condiciones políticas favorables o desfavorables a la libertad y la participación social, un clima cultural de determinado contenido favorables o desfavorable para el desarrollo personal, una determinada situación familiar, etcétera. Hay además los sucesos que dependen de las fuerzas naturales, como el clima, las catástrofes naturales, las epidemias, etcétera.

<sup>1</sup> Sobre esta distinción, ver K. WOJTYLA, *Persona y acción* (trad. por Jesús Fernández Zulaica del texto inglés *The acting person*), Madrid 1982, 74ss.

<sup>2</sup> Sobre la trascendencia objetiva y subjetiva de la acción humana también discurre K. WOJTYLA, *Persona y acción* cit. 123 yss. En la Enc. *Laborem exercens*, 5 y 6, Juan Pablo II habla igualmente de trabajo en sentido objetivo y trabajo en sentido subjetivo.

Todos estos sucesos independientes de la voluntad sin embargo afectan a la misma persona, pero ella no es un mero receptor pasivo, pues si bien quizá no puede cambiarlos ni evitarlos, si está en ella el asumirlos libremente de alguna manera. Lo que sucede se produce sin su voluntad, pero el asumirlo en forma de aceptación, rechazo, conformidad, rebeldía, cinismo, sacrificio u ofrecimiento, por solo mencionar algunas formas de respuesta, es un acto voluntario y libre.

La vida o devenir de la persona se configura entonces con las acciones que ella libremente hace, los sucesos que le ocurren y las respuestas que libremente da a lo que le sucede.

### *b) Lo cotidiano*

En su sentido literal, de acuerdo con el *Diccionario de la Lengua Española*<sup>3</sup> lo cotidiano es lo que sucede todos los días o diariamente. Conforme a esta acepción, lo cotidiano parecería algo repetitivo, lo que sucede uno y otro día. En la cotidianidad así entendida podrían caer los sucesos que ocurren con independencia de la voluntad humana, como la salida o la puesta del sol; las acciones propias que voluntariamente uno reitera cada jornada como comer, bañarse, trabajar, descansar, caminar o conversar, y también las acciones que otros, con los que tengo relación, hacen reiteradamente cada día, como las que hacen mis compañeros de trabajo, los integrantes de mi familia o los vecinos. Bajo esa perspectiva, lo cotidiano se identifica con la regularidad o normalidad física, personal y social, y su opuesto sería lo inusitado.

Por otra parte, como la vida de los hombres, por lo general, suele contener acciones y sucesos de poca importancia, la vida cotidiana puede identificarse con la vida ordinaria, es decir con ese conjunto de acciones y sucesos aparentemente irrelevantes. Lo opuesto a la cotidiano intrascendente serían los sucesos o acciones extraordinarios, los efectivamente importantes.

Puede también entenderse lo cotidiano como lo que acontece cada día, es decir el conjunto de todos los sucesos y acciones que se dan en el día, sin considerar si se repiten o no el siguiente día o en determinados períodos, si son poco o muy importantes. Bajo esta perspectiva lo cotidiano comprende todos los sucesos que ocurren, todos los actos que uno hace, y todos los actos que otros hacen y repercuten de algún modo en uno. Así entendido, lo cotidiano se identifica con la totalidad de la vida de una persona, pero medida día por día, cada día. Lo cotidiano es así toda la vida del día de hoy.

<sup>3</sup> *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, 21a. ed., Madrid 1992.

### *c) Vida cotidiana en el pensamiento del Beato Josemaría*

Me parece que en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá, la vida cotidiana tiene este último significado, el de la totalidad de la vida de cada día. Pero siendo que por lo general la vida cotidiana comprende acciones repetitivas y de poca importancia humana, él tiende en sus escritos y predicación a considerar principalmente la vida que se repite todos los días, la vida de poca importancia o vida ordinaria. En una homilía pronunciada en 1957 decía<sup>4</sup> que desde hace casi treinta años estaba enseñando que la “vida ordinaria” puede santificarse, y como ejemplo de lo que entendía por vida ordinaria proponía la vida de Santa María, que transcurrió como la de millones de mujeres encargadas de cuidar a sus hijos y sacar adelante las tareas del hogar. Es una vida normal o regular, que se repite en muchas mujeres, compuesta de acciones y sucesos menudos, que parecen intrascendentes, como el trabajo de cada día, los detalles de atención a las personas, las conversaciones con los amigos, etc. Su predicación está orientada a destacar la importancia, a la luz de la fe, de esta vida ordinaria, de esta “bendita normalidad”<sup>5</sup>, como llega a llamarla.

El mensaje de santificación de la vida ordinaria es uno de los rasgos más atractivos de su predicación, pues abre horizontes de santidad a todos los cristianos que están inmersos en la vida ordinaria del trabajo, del hogar, de las amistades y compromisos sociales. Pero esa preferencia por lo ordinario no excluía que lo extraordinario y lo inusitado fueran también parte de la vida que puede ser santificada. Por eso afirma que «El Señor nos da a conocer que todo tiene importancia: las acciones que, con ojos humanos consideramos extraordinarias; y esas otras que, en cambio, calificamos de poca categoría»<sup>6</sup>, y proponía como modelo a Jesús, tanto cuando argumenta con los doctores en el templo (lo cual fue algo inusitado) como cuando trabajaba normalmente en el taller de José<sup>7</sup>.

Me parece conveniente aclarar que en el mensaje del Beato Josemaría la vida cotidiana que puede ser santificada, es la vida que comprende todas las acciones, ordinarias o extraordinarias, regulares o inusitadas, pues en el caso de considerarse que únicamente incluye la vida ordinaria, se estarían excluyendo indebidamente las acciones o sucesos extraordinarios o inusitados. Él mismo tuvo que vivir situaciones que exigían respuestas extraordinarias y afrontar sucesos extraordinarios, como la decisión de hacerse sacerdote, el arriesgarse a cruzar los Pirineos para salir del territorio dominado por las fuerzas republicanas durante

<sup>4</sup> *Es Cristo que pasa*, 148.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> *Es Cristo que pasa*, 44.

<sup>7</sup> *Surco*, 484.

la guerra civil española, o el trasladarse a Roma, no obstante su enfermedad, cuando lo requería la solución jurídica de la Obra, o afrontar sucesos extraordinarios como la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial o la celebración y conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II.

En su mensaje está claro que se refiere a la santificación de la totalidad de la vida humana, cuando afirma que comprendió con claridad, desde el 2 de octubre de 1928, que Dios quiere que los cristianos «tomen ejemplo de toda la vida del Señor», es decir de su vida pública, que fue realmente extraordinaria, pero también, y especialmente, de su vida privada o “su vida escondida”, que fue una vida común en apariencia igual a la de cualquier hombre de su tiempo<sup>8</sup>. En relación con esta concepción de la vida cotidiana como la totalidad de la vida medida cada día, está su conocida doctrina de la unidad de vida: la fe ha de permear y gobernar la totalidad de la vida de un cristiano y no solo algunos sectores de ella, como podría ser solo el sector de lo ordinario o repetitivo, no obstante ser el más importante en cantidad.

La misma invitación a que los cristianos «tomen ejemplo de toda la vida del Señor» hace ver que el Beato Josemaría contemplaba la santificación de las acciones, tanto de las que uno libremente ejecuta, como de los sucesos que a uno le ocurren y de la consiguiente respuesta personal a ellos. La vida pública de Cristo comprende su predicación y sus obras, que son acciones que libremente hizo, y también su Pasión y Muerte, que fueron sucesos producidos por otros, que Él libremente asumió y ofreció como sacrificio al Padre.

En consecuencia, enseña que todos los sucesos o acontecimientos cotidianos, a los que también llama las «circunstancias de la vida ordinaria»<sup>9</sup>, han sido «ordenadas o permitidas por la Providencia»<sup>10</sup> y que el cristiano puede asumirlos libremente como manifestaciones cotidianas de la Voluntad Divina. De modo que la vida cotidiana incluye, además de lo que uno hace, lo que Dios nos dice por medio de las circunstancias (acontecimientos y sucesos) de cada día.

Volviendo a la pregunta inicial de esta comunicación acerca del contenido de la expresión vida cotidiana o vida ordinaria en los escritos del Beato Josemaría, propongo a su consideración la siguiente respuesta: Cuando él habla de la santificación de la vida ordinaria o de la vida cotidiana se refiere a la santificación de todas las acciones que uno hace y de todas las respuestas que da a los sucesos o acontecimientos que le ocurren, cada día y todos los días; es decir, se refiere a la santificación de toda la vida durante todo el tiempo.

<sup>8</sup> *Es Cristo que pasa*, 20.

<sup>9</sup> *Amigos de Dios*, 63.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

## 2. EL SIGNIFICADO DE LO COTIDIANO

### *a) La contemplación de la vida oculta de Jesús*

El propio Beato Josemaría declaró que comprendió con claridad la grandeza de la vida cotidiana en la contemplación de los 30 años de vida oculta de Jesucristo. Dice textualmente en una homilía pronunciada el 24 de diciembre de 1963: «desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo»<sup>11</sup>.

Todo lo que hace Dios tiene un valor infinito, por ser obra suya. Jesucristo, siendo Dios y Hombre hizo, especialmente durante su vida oculta, las obras propias de los hombres, como hablar, trabajar, conversar y todas las demás que hacemos todos los hombres, todos los días; pero las obras de Cristo, hasta la más menuda, por ser practicada por Él que es Dios, tiene un valor infinito. Cristo actuando como hombre, pero siendo simultáneamente, Dios convierte todo el obrar humano en obrar divino.

Lo que hizo Cristo durante su vida oculta no lo narran los Evangelios, porque no fue nada sobresaliente, salvo el episodio de la conversación de Jesús con los doctores en el templo de Jerusalén, pero bien se puede inferir que fue una vida común, como la de cualquier contemporáneo suyo, que consistía en el desempeño de las tareas ordinarias de la vida familiar, la asistencia al templo, el cumplimiento de un trabajo, la convivencia con los familiares, amigos y vecinos. Y todas esas acciones, tan sencillas y simples como sacar agua del pozo, cortar la madera, preparar los alimentos, cobrar un dinero debido, solicitar un servicio, ayudar a quien lo necesita, jugar, comer, estudiar, conversar, comprar, vender, reír, descansar y todas las demás que los hombres de todos los tiempos han practicado y seguirán practicando, fueron santificadas al practicarlas Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Por eso el Beato Josemaría exclamaba: «el quehacer entero de Jesucristo en esta tierra fue humano ¡y divino!»<sup>12</sup>.

Al igual que todos los hombres, Cristo no solo practicó acciones que Él libremente quiso, sino que sufrió o padeció en su persona los efectos de acciones practicadas por otros y los que resultaron de los acontecimientos de la naturaleza de su propio cuerpo y del mundo externo. Él experimentó el amor y desamor de sus semejantes, supo de la envidia, la murmuración, el fraude así como de la

<sup>11</sup> *Es Cristo que pasa*, 20.

<sup>12</sup> *Surco*, 955.

comprensión, la ayuda, la solidaridad y el desinterés. Conoció la enfermedad, la fatiga y experimentó todas las pasiones humanas —sin jamás pecar—; supo lo que era una tormenta, la obscuridad de la noche, un calor agobiante o una inundación. Cristo, como todos los hombres, tuvo que asumir estos acontecimientos no queridos y reaccionar ante ellos. Su respuesta, que es ya una acción libre y querida, fue a la vez un obrar humano y divino. Y de este modo, respondiendo, asumía todos esos acontecimientos, independientes de su voluntad humana, en su propio querer humano y divino. No hay por consiguiente ninguna circunstancia, ningún acontecimiento natural o humano, que no sea santificable, es decir que no pueda dar lugar a una respuesta libre de parte del hombre semejante a las respuestas que dio Cristo a su propio acontecer.

Las acciones humanas adquieren valor divino no solo por ser Cristo, Dios, quien las ejecuta. Son también acciones queridas por Dios Padre, quien dispuso que su Hijo, encarnado tuviera una cabal experiencia de ser hombre tanto en lo que libremente hiciera como en lo que padeciera por causas ajenas a su voluntad humana. Y la respuesta obediente del Hijo es obra de su voluntad humana pero también del Espíritu Santo, del Amor que procede del padre y del Hijo. De modo que en el actuar cotidiano de Cristo están presentes las tres Divinas Personas.

*b) La fe como presupuesto necesario para descubrir la importancia de la vida cotidiana*

La importancia que el Beato Josemaría descubrió en la vida ordinaria es resultado de su fe. No se puede afirmar que las acciones cotidianas, de poca trascendencia humana por sí mismas, tengan un valor divino, sino es porque las concibe como acciones de un hombre que es a la vez Dios mismo. Y esto únicamente se puede percibir a la luz de la fe en Cristo. Por eso, afirma que cuando se vive la vida sobrenatural se obtiene de Dios «la tercera dimensión, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen», es decir se tiene la medida y percepción completa de las cosas, a diferencia de la percepción «plana, pegada a la tierra» de quienes carecen de fe<sup>13</sup>.

Sin la mirada desde la fe, las mismas acciones humanas nobles se empobrecen: la caridad se hace filantropía; la pureza, decencia; la mortificación, simpleza, y todas las obras —lo afirma— se vuelven estériles<sup>14</sup>. Si la vida no tuviera un sentido sobrenatural, es decir si la fe no nos descubriera el sentido o fin para el

<sup>13</sup> *Camino*, 279.

<sup>14</sup> Cfr. *ibidem*, 280.

que Dios creó al hombre, el darle gloria a Dios y participar luego de su misma gloria, la vida humana dice «sería despreciable, más aún: aborrecible»<sup>15</sup>.

La vida cotidiana manifiesta su verdadero valor en cuanto es contemplada con visión sobrenatural. La visión sobrenatural enseña que Dios tiene un designio para cada persona y que coloca a cada una en el lugar y tiempo (en las circunstancias) donde ha de cumplir, si quiere, el designio divino. Cuando se descubre, por la fe, lo que Dios pide a uno, la inteligencia queda iluminada con «una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia... Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá cobra un relieve nuevo... Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adónde quiere conducirnos el Señor...»<sup>16</sup>. Esta nueva luz permite contemplar las acciones que libremente realizamos en la vida cotidiana como pasos para caminar por donde Dios quiere que andemos, es decir como actos de obediencia inteligente y libre al querer de Dios<sup>17</sup>. Y nos hace ver también que aquello que sin quererlo nos pasa, Dios lo quiere (si es un bien) o al menos lo permite (si es un mal), y que en cualquier caso Dios nos deja la libertad de asumirlo de modo que contribuya a la santificación personal y la de los demás.

### c) *Lo cotidiano como el ámbito de la santificación personal y del mundo*

La vida de un cristiano común, precisamente por su participación en el mismo Sacerdocio de Cristo derivada del bautismo, puede ser vivida como Cristo vivió sus treinta años de vida en Nazaret. Esta es la conclusión natural que se sigue de la contemplación de Cristo en Nazaret como uno más entre sus conciudadanos. Sus discípulos, los cristianos, lo son realmente en la medida en que vivan como Él. Desde esta perspectiva, la vida cotidiana de cada cristiano es la vida que puede vivir como Cristo, la vida en que puede intentar hacerse como Él, identificarse con Él, hasta llegar a ser, como gustaba decir el Beato Josemaría, no solo *alter Christus*, sino *ipse Christus*<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> *Camino*, 783.

<sup>16</sup> *Es Cristo que pasa*, 45.

<sup>17</sup> Para poder ver la vida cotidiana con visión sobrenatural, es decir para poder verla como Dios la ve, es preciso tener, dice el Beato Josemaría, «ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara»; la “ingenuidad de espíritu” parece hacer referencia a la humildad y el sentido de filiación divina; la “mirada limpia”, al orden del corazón y de los amores, y la “cabeza clara” al conocimiento de la doctrina, (*Amigos de Dios*, 313).

<sup>18</sup> Sobre el sentido y originalidad que tienen las expresiones *alter Christus* e *ipse Christus* en los escritos del Beato Josemaría, ver A. ARANDA, *El bullir de la Sangre de Cristo*, Madrid 2000.



Vista así, la vida cotidiana, o como decía el Beato, la vida «corriente y ordinaria, la que vivimos entre los demás conciudadanos, nuestros iguales» constituye «la materia —real, consistente, valiosa— para realizar toda la vida cristiana, para actualizar la gracia que nos viene de Cristo»<sup>19</sup>. No es por consiguiente la vida cotidiana algo sin valor, algo «chato y sin relieve»<sup>20</sup>, sino el ámbito donde Dios quiere que se santifique «la inmensa mayoría de sus hijos»<sup>21</sup>. Es en esa vida cotidiana donde el cristiano se ejercita «diariamente en las virtudes cristianas»<sup>22</sup>, donde «pone en ejercicio la fe, la esperanza y la caridad»<sup>23</sup>.

La valoración de lo cotidiano como el ámbito propicio para la santificación personal, no lleva, en la espiritualidad del Beato Josemaría, al inmovilismo, a la aceptación resignada de las circunstancias actuales como si fueran las únicas o las mejores posibles. Él también alienta esa «santa ambición... de llevar el mundo entero a Dios»<sup>24</sup>, que es la esencia de la espiritualidad secular del Opus Dei<sup>25</sup>, y que implica un esfuerzo constante, una serie de acciones y respuestas, para transformar, conforme al Evangelio, las circunstancias y estructuras actuales. La vida cotidiana es también el ámbito donde el cristiano ha de desplegar tal esfuerzo, a fin de que el mundo de los hombres, o historia, y el mundo de las cosas<sup>26</sup> sean lo que Dios quiere que sean.

Contemplando la vida ordinaria como el ámbito para lograr la santificación personal y la transformación del mundo, se entiende entonces que el cristiano puede estar en constante comunicación con Dios, sin tener que salir de su ambiente social, familiar o profesional. Por eso, un cristiano que se toma en serio su vocación a la santidad ha de procurar que «Dios se halle siempre presente» en sus pensamientos, palabras, y acciones, «también en aquellas más ordinarias y corrientes».

<sup>19</sup> *Es Cristo que pasa*, 49.

<sup>20</sup> *Ibidem*, 110.

<sup>21</sup> *Ibidem*. Esta doctrina de la santificación en la vida ordinaria, accesible a la «inmensa mayoría» de los hombres, es todo lo opuesto a una doctrina de espiritualidad reservada a unos cuantos.

<sup>22</sup> *Amigos de Dios*, 3.

<sup>23</sup> *Es Cristo que pasa*, 169.

<sup>24</sup> *Surco*, 701. También alienta el querer ir a una nación religiosamente fría a hacer apostolado (n. 617), o el querer que todos los hombres conozcan a Cristo (n. 953).

<sup>25</sup> A. ARANDA, *El bullir...*, cit., en el capítulo VI titulado «Cristo en la cumbre de las actividades humanas», pp. 255ss., especialmente 257-260.

<sup>26</sup> El «mundo» puede entenderse como la realidad creada por Dios, y también como «el mundo de los hombres», es decir la historia o actividad de los hombres entre sí desplegada en el mundo físico, o, en otras palabras, el mundo que Dios espera que los hombres desarrollen y perfeccionen con su trabajo. Sobre el mundo entendido como historia, ver P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona 1986, 174ss.

De la concepción de la vida cotidiana como materia santificable y santificante se pasa así a la proposición de una actitud de constante trato con Dios, pues no hay acción, circunstancia, lugar o tiempo que no pueda ser santificado, como tampoco hubo nada en la vida de Cristo que no fuera efectivamente santo. Son frecuentes en los escritos del Beato Josemaría las invitaciones a realizar obras virtuosas, de distinto tipo, pero con la característica común de ser pequeñas, constantes y continuas. Así dice que el Señor se alegra de que le ofrezcamos «pequeñas muestras de amor en cada momento»<sup>27</sup>, que quiere sacrificios «minúsculos, pero tan continuos y valiosos como el latir del corazón»<sup>28</sup>; recomienda que las horas de trabajo ofrecidas a Dios se sucedan «una tras otra»<sup>29</sup> e igualmente las horas de estudio<sup>30</sup>; enseña que la correspondencia del cristiano a la gracia de Dios «también está en esas cosas menudas de la jornada»<sup>31</sup>, en la «prosa de los mil pequeños detalles, diarios»<sup>32</sup>, y que el apostolado «no es algo diverso de la tarea de todos los días»<sup>33</sup>.

Quien vive la vida de todos los días haciendo pequeñas obras de amor a Dios, constantemente, continuamente, llega a descubrir el Amor de Dios «en los detalles monótonos de cada día»<sup>34</sup>. Su jornada se convierte «en una sola, íntima y confiada conversación»<sup>35</sup>, en una «procesión callada y sencilla»<sup>36</sup>, en «la gran misión de cada día»<sup>37</sup>, en «obra de Dios con alcance eterno»<sup>38</sup>. De estas afirmaciones, se puede inferir que ese otro rasgo característico de la espiritualidad que predicó el Beato Josemaría, la vida contemplativa en medio del mundo, está necesariamente relacionado con su entendimiento de la vida cotidiana como una realidad santificable ciento por ciento.

Como consecuencia de esa valoración de lo cotidiano, el Beato Josemaría aconseja, ya en *Camino*, que en principio cada quien mantenga su puesto: «Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!»<sup>39</sup>. Para entender adecuadamente este consejo, que no es una invitación al inmovilismo o al conformismo, hace falta tener en cuenta

<sup>27</sup> *Amigos de Dios*, 149

<sup>28</sup> *Ibidem*, 134.

<sup>29</sup> *Ibidem*, 67.

<sup>30</sup> Cfr. *Camino*, 522.

<sup>31</sup> *Forja*, 686.

<sup>32</sup> *Ibidem*, 522.

<sup>33</sup> *Amigos de Dios*, 264,

<sup>34</sup> *Surco*, 489.

<sup>35</sup> *Amigos de Dios*, 247.

<sup>36</sup> *Es Cristo que pasa*, 156.

<sup>37</sup> *Surco*, 617.

<sup>38</sup> *Forja*, 742.

<sup>39</sup> *Camino*, 832.

que el Beato Josemaría quiere recalcar la novedad de la santificación asequible a todos los cristianos en sus circunstancias y momento actuales, en su propia vida cotidiana, por lo que no es necesario que cambie de lugar o espere un nuevo tiempo para vivir con plenitud la vida cristiana. La contemplación de la vida cotidiana como vida santificable genera así una actitud realista y un cierto sentido de urgencia: cada cristiano puede santificarse donde actualmente está, y en consecuencia ha de procurar hacerlo aquí y ahora.

#### *d) El peligro de la rutina*

Lo opuesto a esa valoración de la vida cotidiana como realidad santificante y santificable es el aburrimiento o “rutina”, como lo llama el Beato Josemaría, que se manifiesta en un desinterés por la realidad concreta que cada quien tiene, como si Dios no estuviese ahí presente<sup>40</sup>, y que mueve a la persona a fugarse de su realidad inmediata para buscar algo extraordinario que compense el tedio que experimenta. La causa de ese aburrimiento o rutina es haber perdido el sentido sobrenatural, por lo que la realidad cotidiana se presenta insulsa o frustrante. Esto puede llevar a que la persona, como compensación del tedio que se experimenta, forme grandes ideales, grandes ambiciones, incluso por causas nobles, que no llevan más que a perder de vista la realidad inmediata y a dejar de cumplir los deberes ordinarios. Al respecto dice textualmente «Y con una pesadilla de grandezas en el alma, echamos en olvido la realidad más cierta, el camino que sin duda nos conduce derechos hacia la santidad: clara señal de que hemos perdido el punto de mira sobrenatural...»<sup>41</sup>. En otro lugar afirma con ironía que a la persona que experimenta «ansias... de ser extraordinario» le pasa algo «vulgarísimo»<sup>42</sup>.

La distinción entre la santa ambición de transformar el mundo y un simple sueño de grandeza está, por una parte, en la fidelidad a los deberes cotidianos: si la ambición estimula o alienta el cumplimiento de los deberes actuales, la ambición es santa, si lleva al desprecio de los pequeños deberes de cada día es simplemente una «pesadilla de grandeza»<sup>43</sup>. Por otra parte, la distinción está en la obediencia a Dios: es preciso hacer lo que Dios quiere en las circunstancias que

<sup>40</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 89 y 313.

<sup>41</sup> *Ibidem*, 150.

<sup>42</sup> *Surco*, 565.

<sup>43</sup> *Ibidem*, 617: «... Me parecen bien tus ambiciones, Pero, ahora, dedícate al pequeño deber, a la gran misión de cada día...». *Ibidem*, 953: «Me parecen muy lógicas tus ansias de que la humanidad entera conozca a Cristo. Pero comienza con la responsabilidad de salvar las almas de los que contigo viven...».

cada quien tiene, y puede ser que Dios, en cierto momento, pida a alguien alguna acción o empresa extraordinaria, como hacerse sacerdote o cambiar de país. Lo importante es saber discernir la voluntad de Dios, de modo que la acción extraordinaria sea resultado de la obediencia a Dios, y no de un desordenado amor propio. Al respecto, el Beato recuerda el ejemplo de la vida de Jesucristo, que obedeciendo al Padre pasó treinta años de vida oculta sin adelantar el inicio de su vida pública, de modo que esa empresa extraordinaria que fue su vida pública fue hecha en obediencia al Padre, cuando Él lo había dispuesto y del modo que dispuso. Por eso aconseja a quien experimenta el afán de hacer algo grande que sepa obedecer y permanezca en su lugar, «mientras el Señor no... pida otra cosa: Él tiene sus tiempos y sus sendas»<sup>44</sup>.

El significado de la expresión “vida ordinaria” en las obras del Beato Josemaría muchas veces se aclara por la contraposición con la “vida extraordinaria” que resulta de esos sueños de grandeza producto de la rutina. Cuando él habla de santificar la vida ordinaria, no niega la posibilidad de santificar también los momentos o circunstancias extraordinarias que una persona puede tener en su vida, pero quiere señalar que la santidad se puede alcanzar haciendo lo que cada día debe hacerse, sin que haga falta hacer nada extraordinario o grandioso.

La oposición entre lo cotidiano, santificable y santificante, y la rutina se manifiesta con claridad en la consideración que hace el Beato Josemaría respecto de los actos cotidianos de piedad. Estos son repetitivos: cada día se practican los mismos actos: el ofrecimiento del día, la Santa Misa, el Santo Rosario, etcétera, sin embargo de ellos dice textualmente: «las cosas santas, cuando se ven santamente, cuando se viven todos los días santamente [...] no se convierten en cosas “de todos los días”»<sup>45</sup>, es decir no se vuelven actos rutinarios. La razón de esto, dice él mismo, es que «el quehacer entero de Jesucristo en esta tierra fue humano y divino». Igualmente, los actos de piedad cristiana son humanos y divinos y precisamente por participar de algún modo de la naturaleza divina, no se desgastan con el tiempo como las cosas profanas. Oír todos los días una misma melodía a la misma hora resulta humanamente fastidioso, al igual que comer todos los días el mismo alimento. Pero no sucede lo mismo por rezar la misma oración, todos los días a la misma hora, ni recibir todos los días el Pan Eucarístico, porque lo divino está de algún modo fuera del tiempo. Esta inclusión de acciones santas en la vida cotidiana hace que ésta no quede totalmente absorbida por el tiempo, y que sea, al menos en forma incoativa, principio o atisbo de vida eterna.

<sup>44</sup> *Surco*, 701.

<sup>45</sup> *Ibidem*, 955.

Una consideración semejante hizo respecto de los actos humanos repetitivos, como pueden ser las tareas domésticas o profesionales. Al contemplarlos y asumílos, a la luz de la fe en Cristo, Dios-Hombre, son actos a la vez humanos y divinos, temporales y eternos. No quiere esto decir que se confunda la naturaleza de los actos humanos con la de los actos religiosos o de ejercicio de la piedad; los primeros están orientados al servicio de los hombres, y los segundos al servicio de Dios. Pero si los actos en servicio de los hombres se hacen también por amor a Dios, se convierten en actos de piedad, y así, sin dejar de estar destinados al servicio humano, participan de la eternidad de Dios y no cabe la rutina humana respecto de ellos. Al respecto es muy ilustrativo un texto autobiográfico del Beato, donde afirma que vio con claridad el significado de las palabras de la Escritura que dicen que Cristo, cuando fuera levantado sobre la tierra atraería todas las cosas hacia Él<sup>46</sup> y entendió que es necesario, mediante el trabajo ordinario en todos los ámbitos de la vida, reconciliar el mundo con Dios, «de modo que lo profano -aun siendo profano- se convierta en sagrado»<sup>47</sup>.

Es lo que sucede con los actos humanos en servicio de los hombres, que son profanos por naturaleza, pero al ejecutarlos y orientarlos al amor de Dios, se hacen sagrados, sin dejar de ser profanos, más aun, podría agregarse, que su propio carácter profano se refuerza al ordenarlos a Dios, pues ello hace que quien los ejecute procure hacer con ellos un mejor y mayor servicio a los hombres. Por eso dice también el Beato Josemaría. «Tu existencia no es repetición de actos iguales, porque el siguiente debe ser más recto, más eficaz, más lleno de amor que el anterior»<sup>48</sup>.

En conclusión, sobre la pregunta acerca del significado o importancia que tiene la vida cotidiana en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá, me parece que podría afirmarse que es el considerarla, en modo análogo a la vida escondida de Cristo, como el ámbito en que el cristiano puede santificarse y santificar el mundo; es, en pocas palabras, como su realidad santificante y santificable.

<sup>46</sup> *Io XII*, 32.

<sup>47</sup> *Carta 9-I-1932*, n. 2, citada por A. ARANDA, *El bullir...*, cit., p. 255, n.1. Con el mismo sentido dice el Beato Josemaría en otra parte que «hablando con profundidad teológica... no se puede decir que haya realidades -buenas, nobles y aun indiferentes- que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres...», (*Es Cristo que pasa*, 125).

<sup>48</sup> *Forja*, 736.

### 3. EPÍLOGO: LO COTIDIANO SANTO

Conforme lo expuesto, la vida cotidiana comprende todas las acciones, todos los acontecimientos y las maneras de asumirlos, de cada día, todos los días; y su significado o importancia es el constituir la materia que santifica al cristiano y por la que el cristiano santifica el mundo. Pero al relacionar el contenido y el significado de la vida cotidiana no se da una adecuación completa, porque no todas las acciones ni todas las respuestas santifican efectivamente al cristiano y al mundo; hay acciones y respuestas que destruyen y, por consiguiente, es preciso discernir en la vida cotidiana lo que es realmente santificante del cristiano y santificador del mundo de lo que no lo es. Este discernimiento es un problema que va más allá del objeto de esta comunicación, pero que me parece conveniente indicarlo y apuntar la solución que da el Beato Josemaría, porque sirve al objetivo que nos fijamos de explicar el significado de la vida cotidiana.

Lo que el Beato Josemaría destacaba de la vida cotidiana eran «las obligaciones de cada día»<sup>49</sup>, las «obligaciones habituales de la jornada»<sup>50</sup>, las «tareas ordinarias»<sup>51</sup>, los «quehaceres»<sup>52</sup>. Todas estas expresiones incluyen la idea de deber. Por eso, como conclusión final, se propone que la vida cotidiana que santifica al cristiano y al mundo es el conjunto de las acciones y respuestas debidas, cada día, todos los días; es decir la vida de cumplimiento fiel de los deberes de cada día, los cuales, para un fiel cristiano que vive en el mundo son, además de sus deberes de piedad con Dios, sus deberes familiares, profesionales y sociales.

<sup>49</sup> *Es Cristo que pasa*, 7.

<sup>50</sup> *Ibidem*, 8.

<sup>51</sup> *Ibidem*, 18.

<sup>52</sup> *Surco*, 496.